

DAVID CERDÁ

La deriva de la educación superior



La deriva de la educación superior

en

sayos

David Cerdá

La deriva de la educación superior

Contra la invasión de la barbarie eficiente



Primera edición: octubre de 2017

© David Cerdá, 2017

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2017
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)
www.funambulista.net

IBIC: DN
ISBN: 978-84-947129-7-5
Dep. Legal: M-28575-2017

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: fotograma modificado de la película
La invasión de los ladrones de cuerpos (1956)

Producción gráfica: Gohegraf

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

La deriva de la educación superior

*Este libro está dedicado a mi padre, Antonio,
profesor universitario de los buenos,
y la persona de la que aprendí a amar el saber.*

*Tal como somos, yendo a la deriva,
contamos, sin embargo, con fuerzas decisivas
para un uso divino.*

(RILKE, *Sonetos a Orfeo*, XXVII, II parte)

AGRADECIMIENTOS

El presente texto ha contado con la generosa crítica de algunas personas cuyo criterio y perspicacia valoro inmensamente. Leyeron las primeras versiones y realizaron oportunas acotaciones María Xesús Bello, Antonio Cerdá, Sergio Cuesta, Max Lacruz, Gian Luca Luisi, María Eugenia Martín, Pedro Mondaza, Rubén Pereda, Javier Ruiz y Abelard Vilardell.

Unas veces les hice caso, algunas otras no, pero todos contribuyeron a mejorar lo que he escrito, aunque la redacción final y las conclusiones vertidas en este ensayo son por entero responsabilidad del autor.

Todas las citas intercaladas entre los capítulos son de Jack Finney, *Los ladrones de cuerpos*, en la traducción de Lorenzo Luengo.

LA AMENAZA ALIENÍGENA (ALIENANTE)

JACK FINNEY TRABAJABA COMO PUBLICISTA y escribía relatos breves para el *Saturday Evening Post* o el *Lady's Home Journal* cuando el éxito lo asaltó de improviso, en 1955, al publicar su segunda novela. *The Body Snatchers* (*Los ladrones de cuerpos*) narra cómo un número desconcertante de habitantes de la californiana ciudad de Mill Valley resultan súbitamente aquejados por la extraña impresión de no reconocer más a sus seres queridos, idénticos en la cáscara, pero sutilmente irreconocibles en su *modo de ser*. La novela atrapó a millones de lectores; fue tal su impacto que dio lugar a una extraordinaria cinta de Don Siegel solo un año más tarde. La película tuvo un notable *remake* —que en España tomó el alucinante título de *La invasión de los ultracuerpos*— protagonizado por Donald Sutherland en el

78, y otro, perfectamente prescindible, interpretado por unos acartonados Daniel Craig y Nicole Kidman treinta años después.

El éxito editorial más jugoso de Finney se llamó *Time and Again (Ahora y siempre)*, y otras de sus novelas llegaron a la gran pantalla también. Pero fue aquel relato sobre alienígenas que suplantaban a los humanos con duplicados perfectos que brotaban de unas espantosas vainas el que gozó de más largo recorrido entre los lectores de todo el mundo. Lectores que siguen retornando a la obra con justificada delectación, a pesar de tratarse de un texto sobrio, casi minimalista, a más de científicamente inverosímil, rasgos todos estos que suelen ser penalizados por los amantes del género.

El éxito de *Los ladrones de cuerpos* dio y sigue dando pie a lecturas varias sobre las intenciones soterradas de su autor. La novela ha sido descrita como una fantasía anticomunista y antimacartista, y ha sido sometida a análisis políticos de todo signo. Finney, no obstante, negó siempre los cargos, alegando que había escrito una pieza de puro entretenimiento. Lo que resulta innegable es que la masiva fascinación que, nada más aparecer y hasta hoy, despertó el relato, ha de deberse a alguna tecla oculta que el autor consiguió pulsar con singular maestría. De un lado tenemos el modo en que transmite una angustia personal que haría las delicias de un freudiano: el fabuloso pavor de que las personas con las que

convivimos no sean quienes creemos que son. De otro, su capacidad para poner en pie una especie de *terror civil*, la sospecha de que nuestros conciudadanos han sucumbido a un poder oculto y justamente alienante que los ha desalmado; el pánico de compartir comunidad con seres deshumanizados cuyas intenciones y valores nos resultan repentinamente inexplicables.

Los protagonistas de la novela —el doctor Miles Bennell y su más-que-amiga Becky, Jack y Theodora Belicec— sienten agudamente esa desazón que se cierne sobre Mill Valley: el comportamiento chocante, desprovisto de toda emoción, de sus suplantados habitantes. Eviscerado de sus fines, sin rumbo valorativo alguno, este cuerpo social extraterrestre de apariencia humana alberga un virus pluriplanetario cuya única pretensión es prevalecer hasta dar con el siguiente astro que parasitar. El pueblo muta y se descompone, y lo que cabe esperar, si estos heroicos vecinos no lo impiden, es que termine rendido a estos patógenos venidos de otra galaxia.

Es sobre este segundo terror sobre el que aquí se escribe, porque el siglo presente, que se abrió con una oleada de atentados de origen fundamentalista y ha continuado con una crisis financiera galopante y otra escalada de atrocidades de corte salafista, transcurre inmerso en la similar impresión de que hay una forma de civilización que paulatinamente se

desvanece. Europa, cuya relevancia geopolítica se encamina al fundido en negro, deambula dando tumbos, asaeteada por una aguda crisis de valores que se plasma en una desconfianza asfixiante hacia sus propias instituciones. El continente político y cultural al que hasta ayer tantos anhelaban pertenecer, ha generado ya la primera de sus desconexiones, de gran impacto: la británica. En la orilla opuesta, una masa sufriente y necesitada de refugiados aporrea las puertas de la casa que el Reino Unido abandona; unas puertas reacias a abrirse para quienes, es absurdo negarlo, albergan modos de vida e ideales civiles que siguen generando fricciones con el molde europeo. Y estas nubes que se ciernen sobre nosotros componen un panorama soñado para el resurgir de los populismos, a uno y otro lado del cuadrilátero político. Instalado en una honda desorientación sobre lo que quiere ser, el Viejo Continente, tocado en el alma, se retrotrae peligrosamente a lo que ya vivió hace casi un siglo, durante aquellos borrascosos años que Hermann Hesse describió en *El lobo estepario*: «Hay tiempos en los que una generación entera viene a caer entre dos épocas, entre dos estilos de vida, perdiendo de esta suerte toda lógica, toda moral, toda sensación de amparo y toda inocencia».

A punto estuvo Europa de quedar reducida a cenizas tras sendas guerras mundiales, y los españoles hubimos de padecer una cruenta contienda fratricida y la ominosa dicta-

dura subsiguiente; pero, tras ello, y a pesar de la seria amenaza atómica que ocasionó el antagonismo entre las dos superpotencias, ideamos un Estado de bienestar que nos honraba, y, cuando cayó el Muro de Berlín, experimentamos otra reafirmación de nuestro rumbo social y democrático. Hoy sentimos que el viento ha cambiado de dirección, que todo esto que ideamos y conseguimos se halla en franca retirada; que varias de las sujeciones que sostenían el ahora tambaleante edificio están pudriéndose e insinuando un cercano desplome. El *Brexit* solo ha sido el más reciente despliegue de sombras sobre nuestra común empresa; los atentados de París, Bruselas, Niza o Barcelona, solo otro agudo alarido que advierte del calibre de las grietas del edificio de la europeidad. Se ha llegado incluso a plantear la total impugnación del ideal de convivencia europeo de la postguerra, aludiéndose machaconamente a que no fue más que un coyuntural arreglo interesado, y a su exorbitante coste, que por lo visto ya no podemos (debemos) afrontar.

Comprende uno que la enmienda es seria cuando dos de nuestras vigas maestras, la salud y la educación, son sometidas a tan intenso acoso. La segunda de ellas puede considerarse con toda justicia el corazón mismo de nuestra sociedad. Por la educación nos elevamos o nos hundimos; esculpimos nuestra mejor figura o la más precaria. Una educación de calidad y accesible es la herramienta más poderosa de la que

una sociedad dispone para hacer justicia y prosperar. Desde los más diversos flancos y hasta la saciedad se ha repetido que el esmero en la educación certifica hasta qué punto una comunidad se respeta a sí misma. Por consiguiente, las políticas educativas no concurren en pie de igualdad con el resto, sino que, de algún modo, en democracia son las que dan paso a todas las demás. Asimilar la educación a un negocio, a un servicio o al objeto de un ministerio entre otros es no haber entendido nada sobre su complejidad y su trascendencia.

Los continuos vaivenes a los que se ve expuesta la política educativa siegan la hierba bajo nuestros pies. No es una mera cuestión de recursos ni, por supuesto, de adaptaciones tecnológicas; es la sustancial deriva sobre sus fines, su importancia y sus fundamentos la que lleva camino de extraviarnos. La educativa es esa institución que asegura la transmisión de saberes, actitudes y valores entre generaciones; es la vía fundamental por la que una comunidad se fortifica, se mejora y se prolonga a sí misma. El descuido de sus propósitos es mortal de necesidad para la sociedad que lo sufre. Y eso es lamentablemente lo que está ocurriendo.

El hecho de que este turbador cambio de derrotero haya alcanzado a la universidad debe interpretarse como una señal de máxima alerta. La universidad, como culminación del proceso educativo, no es un eslabón más de este, sino precisamente su suprema expresión. Francisco Giner de los

Ríos, que la entendió como pocos, habló de la educación terciaria como una «continuidad indivisa» con la primaria y la secundaria. Resulta muy significativo que cada vez más personas la encuentren desgajada de dicho *continuum*, como si se tratase de un paso posterior cuyo fin exclusivo fuese la capacitación profesional. Ese cambio de parecer ha llegado con sigilo y se ha enquistado. No va a ser sencillo extirparlo: para conseguirlo, tendremos que reflexionar muy seriamente sobre cuáles han de ser los fines últimos de eso que por buenos motivos llamamos *educación superior*. ¿Tuvo algo que ver, en la anterior prosperidad europea posbélica, haber logrado que abundase el número de personas que alcanzaron dicho estadio formativo, en determinadas condiciones y con la consecución de determinados resultados? ¿Es posible un proyecto europeo ambicioso sin la existencia de campus excelentes que aporten el dinamismo intelectual que precisamos? ¿Cuánto de lo que Europa representa como propuesta civilizatoria se lo debe a la universidad?

No es exagerado sostener que el futuro de nuestro mundo depende de la educación que seamos capaces de proporcionar a las personas que habrán de protagonizarlo. También que, en cuanto a este empeño, no hay ningún otro lugar en el planeta que pueda aportar lo que aporta Europa. Y creo que hay razones para afirmar que una parte relevante de algunos de los sobrecogedores procesos en

marcha hunde sus raíces en el deterioro de la educación superior en su suelo.

Mi intención es exponer dichas razones en este libro. Hablaré sobre esta deriva universitaria no con la insana intención de jugar al tremendismo intelectualista, sino con la determinación de amparar una idea que es parte de la cimentación de este pedazo de mundo que denominamos Europa. Los peligros para esa idea, que responde a la pregunta de para qué está la universidad, son muy ciertos, y las fuerzas que les han dado cobertura siguen actuando en atención a sus propios fines, más allá de lo que la desidia y la negligencia producen sin concurrir plan alguno. La buena noticia estriba en que aún estamos a tiempo de revertir el desastre. Todavía no ha sonado la hora en la que los alienígenas invasores puedan celebrar su triunfo.

Advierto que la historia que se disponen a leer está llena de cabos sueltos y preguntas que no serán respondidas. Tampoco encontrarán un desenlace al uso, donde todo deba quedar resuelto y explicado satisfactoriamente. Al menos, no lo encontrarán en mí. Pues no puedo decir que sepa qué ha ocurrido exactamente, o por qué, ni siquiera cómo empezó, cómo acabó, o si ya ha acabado; y yo estuve en medio de todo.



HISTORIA Y PROPÓSITOS DE UNA *EUTOPIA*

LA UNIVERSIDAD NACE en la Baja Edad Media como un *lugar de encuentro*. Maestros y estudiantes provenientes de diversos enclaves hallan acomodo en las escuelas catedralicias o monacales sitas en las florecientes ciudades, y allí se juntan con el fin de concertar sus respectivos deseos: el de aprender y el de enseñar. Algunas de aquellas escuelas han obtenido el estatus de *Studium generale*: la protección papal o imperial les cubre frente a los poderes locales, religiosos o laicos. Dicho estatus incorpora la capacidad de otorgar títulos reconocidos en toda la cristiandad, los cuales, a su vez, habilitan para enseñar —el *ius ubique docendi*—. Con anterioridad, los maestros que querían ejercer tenían que obtener un permiso previo de las autoridades eclesiásticas locales, que aún poseían el monopolio de la enseñanza. El nacimiento de la *universitas*

magistrorum et scholarium quiebra dicho monopolio. La universalidad (*universitas*) de la institución es justamente su vía hacia la independencia; las distintas universidades se constituyen como un conjunto de personas aglutinadas en torno al oficio del saber, y, a través de una *lingua franca*, el latín, empiezan a desarrollar una conciencia supranacional y cosmopolita de entidad consagrada al cultivo del conocimiento.

Así pues, la universidad se origina como una comunidad intelectual; en Bolonia, a iniciativa de los estudiantes; en París y Oxford, de los profesores; en Salamanca, gracias al afán ilustrado de Alfonso IX de León. El conocimiento no es su excusa, y ni siquiera su instrumento: es su razón de ser. Su programa inicial e ineludible está compuesto por las siete artes liberales (*Trivium et Quadrivium*: gramática, dialéctica, retórica, aritmética, geometría, astronomía y música), llamadas así en contraste con las serviles o utilitarias. Por ese cedazo han de pasar todos los estudiantes, con independencia de que lleguen después a ser médicos, juristas o teólogos. La defensa del saber frente a la invasión bárbara está entre sus objetivos principales; no en vano esa es una de las ideas fundacionales de las órdenes monacales sobre cuyos cimientos la universidad se alzó.

La *universitas* toma también su nombre de otra aspiración: la forja de la unidad en la diversidad. El diccionario de Covarrubias (1611) la define como «comunidad y ayun-

tamiento de gentes y cosas». La procedencia de profesores y alumnos es desde el comienzo muy variopinta, de modo que resulta crucial que cada institución imprima un sello común y unos principios, símbolos y valores que introduzcan lo uno en lo diverso. Los *Studia generalia* están obligados a abrirse a estudiantes de cualquier procedencia geográfica, y ese rasgo plural e integrador quedará registrado en el ADN de la universidad.

La universidad nace, por tanto, como entidad esencialmente urbana, con textura ciudadana y gremial. Como tal, pretende tener relevancia política, una voz que sea escuchada en la urbe, a cuya formación aspira a contribuir. Su naturaleza organizativa y sociológica entronca de modo directo con la configuración de la ciudadanía; sus raíces se entrelazan con las del bien público. Su nacimiento es cuasi gemelar al de la burguesía; como explica Jacques Le Goff (*Los intelectuales en la Edad Media*), «el intelectual nace con las ciudades, con su desarrollo debido a su función comercial e industrial (artesanal); el intelectual es el hombre de oficio que se instala en la ciudad». A las clases existentes —clérigos, nobles y siervos— se les añade una nueva y decisiva para la historia de la humanidad.

Más allá del desafío que su constitución entraña para el equilibrio de poderes existente, la universidad será una institución eminentemente conservadora hasta que la Ilustración

y las grandes convulsiones del siglo XIX propicien su refundación. No le han faltado, desde luego, esclerosis propias que superar. Con honrosas excepciones, la revolución científica la pilló a contrapié: fueron academias auspiciadas por el Estado o por los príncipes y, ante todo, por sus miembros (la Academia Secretorum Naturae napolitana en el XVI, la Accademia del Cimento florentina, la Royal Society y la Académie Royale des Sciences en el XVII) las que protagonizaron dicha revolución. A principios del siglo XIX, en Berlín y de la mano de Wilhelm von Humboldt, la universidad adquiriría su bifronte forma actual, caracterizada por la fértil coexistencia de enseñanza e investigación. Fue el momento de sacudirse los restos arcaizantes eclesiásticos que aún la retenían, de poner rumbo a la excelencia y a la practicidad, dando ya cabida a abogados, ingenieros y arquitectos. Prende entonces la idea de que la institución también ha de capacitar profesionalmente a sus alumnos; la fuerte asimilación de la liberal corriente prusiana, conjugada con otros factores culturales autóctonos, influirá en la universidad anglosajona y posibilitará, cuando ingenierías y ciencias se incorporen a su seno, su preponderancia actual.

Existieron instituciones que proveían de una educación superior tanto en China como en Corea —de inspiración confuciana—, y en el mundo islámico —a partir de las mejores madrasas—, antes de que Salerno o Salamanca empe-

zaran a despuntar. Pero la universidad europea trajo consigo algo que nunca lograron sus equivalentes orientales: autonomía académica y, con el tiempo, apertura irrestricta a las ciencias y promoción del espíritu crítico en libertad. Es eso, y su voluntad de resultar accesible a todos, lo que convierte a la variante europea en un jalón de la humanidad.

Ni que decir tiene que la autonomía universitaria, desde Bolonia y por lo menos hasta Berlín, no estuvo exenta de tensiones. La corporación universitaria vivió en una constante tirantez con los obispos. En 1431, la universidad de París organizó el proceso y condenación de Juana de Arco, y más tarde se manifestó en contra de no pocos aperturismos renacentistas. También se opuso en su día a que se enseñasen Aristóteles y Descartes; Oxford hizo otro tanto con Francis Bacon, quien dijo que la institución era una «cárcel de profesores». Hubo que esperar a que la Revolución francesa airease los claustros para que empezase a penetrar la ciencia. Con posterioridad, Napoleón aportaría un giro menos benigno, pues a la par de su apuesta por la técnica (que tan bien maridaba con el arte de la guerra) declaró que su fin principal era «dirigir las opiniones políticas y morales», afirmación esta que se compadecía con su intención fuertemente centralista y dictatorial.

Fue aquella revolución científica, y el impacto del Movimiento de Oxford impulsado por los *tractarianos* (Newman,

Wilberforce y otros) lo que alteró para siempre la faz de *Oxbridge*. Su ideal distintivo, junto a su conciencia de élite y la extraordinaria cualificación de su profesorado, seguirá siendo el desarrollo de las cualidades de los alumnos mediante la cohabitación de estos con los profesores-tutores en los *colleges*. De 1828 es la primera institución británica dedicada a la educación superior puramente secular: el University College londinense. En EE. UU. la primera universidad es la de Harvard, en 1636, que se desarrolla según el modelo de Cambridge. El modelo alemán llegará con la John Hopkins, en 1876. Los norteamericanos aportan una innovación trascendental: los departamentos, que sustituyen a las cátedras unipersonales, un giro que en la actualidad ha supuesto cierta asimilación de aquellos a empresas comerciales (entes que ofrecen servicios y compiten por los clientes-alumnos).

El gran logro de las revoluciones modernas, primero, y de la posguerra del 45, después, fue que estas comunidades académicas abriesen sus puertas a la mayoría; un afán incluyente que habrá que rememorar al preguntarse con mayor profundidad por su esencia. Tras la Segunda Guerra Mundial y hasta finales de los años setenta, la universidad vive un periodo de franca expansión en todo el mundo. De un lado, la incesante especialización de la ciencia exige cada vez más y mejores medios; la ciencia ha demostrado, además, en las contiendas mundiales, su extraordinario impacto geopolíti-

co. Los europeos advierten entonces, de la manera más cruda, la necesidad de una clase media masiva que afiance un Estado de bienestar, un estamento cuya dinámica escala social disuelva las desigualdades que alimentan los extremismos. EE. UU., que es quien sostiene la reconstrucción europea, es más consciente que nunca de la amenaza del comunismo, y sabe de la importancia de desactivar la lucha de clases. Finalmente, el propio crecimiento económico hace fluir a las aulas una creciente masa de aspirantes a una instrucción avanzada: la población estudiantil europea se decuplica.

Mientras no hubo universidad, la educación superior fue un asunto marcadamente privado. Así se consideraba en Atenas y Roma; no existe en el mundo clásico un concepto civil de la educación superior. Democracia y educación superior crecen en paralelo, hasta hacerse inconcebibles la una sin la otra. El nacimiento medieval de la universidad señala el primer hito emancipador europeo, luego culminado en el Renacimiento y en la Ilustración francesa. El patrón que Europa propone al mundo se forjó en aquellas aulas, y en las de ahora se está forjando su nuevo rostro.

A lo largo de toda su historia, la aventura universitaria ha sido protagonizada por el saber. Los programas, la metodología y